

# LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

Esta Asociacion no solamente esquiva sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

## DESENGAÑADOS MAS NO CONVERTIDOS.

Misterio es el individuo, misterio es la sociedad, misterio el linaje humano, si no se busca en Dios la clave de sus inapeables enigmas. No solamente su origen y sus destinos y sus relaciones con otro mundo invisible y con otra vida inmortal, sino hasta su breve y sucesivo tránsito sobre la tierra y su conducta referente á los negocios temporales, así para lá direccion conveniente ácia lo que deben ser, como aun para el razonable y cabal conocimiento de lo que realmente son, necesitan mirarse á la luz del órden sobrenatural; nada mas inexplicable que el hombre *humanamente* considerado, sin el auxilio del cielo, sin vínculos con su Hacedor. Todo son problemas acá bajo; las soluciones no se leen sino arriba. Si la inteligencia discierne el bien del mal, si lo apetece con irresistible fuerza la voluntad, ¿cómo es que, aun tratándose del bien material, del bien próximo, del bien indubitado, se prolonga la lucha entre las dos facultades? ¿cómo es que en pleno mediodia del cristianismo sigue aun para muchos creyentes el *video meliora proboque—deteriora sequor* de Ovidio, cual si imperara todavía el fatalismo pagano? ¿cómo en unas mismas patentes zanjas tropiezan los pueblos á manera de tumultuosos rebaños? ¿cómo alegremente y á la luz del sol conducen su bajel los gobiernos á estrellarlo en unos mismos escollos? ¿cómo son tan inútiles las enseñanzas de

la esperiencia? ¿cómo vá tanto trecho, que tan rara vez se anda, del desengaño á la conversion?

Es que se olvida por lo general la ceguedad culpable del entendimiento y la corrupcion de la voluntad que son el fruto de la primera caida; se olvida que hay corrientes impetuosas, arraigadas pasiones, apetitos desenfrenados que se sobreponen á la conveniencia y al propio instinto de conservacion; se olvida sobre todo al agente poderoso, decisivo, único capaz de triunfar de estos obstáculos, de romper estas ligaduras, de obrar semejantes transformaciones, y es la gracia dispensada por Dios cuando y segun le place, pero jamás negada en el período de prueba á los que sinceramente la solicitan. Por mas que nos hallemos intimamente penetrados de estas verdades, que descubre solo la fé pero que acredita á cada paso la observacion, nada mas comun que prescindir de ellas en los juicios y en las conjeturas, como si el bien estuviera á nuestro alcance y pendiese el adquirirlo de nuestras solas fuerzas sin el concurso divino, como si el verlo bastara ya para conocerlo y el conocerlo para deseirlo y el deseirlo para conseguirlo. De ahí tan frecuentes sorpresas á vista de la inutilidad de los escarmentos, de ahí tantas esperanzas fallidas acerca de la eficacia de las lecciones del infortunio, principalmente sobre las naciones y las sociedades, por no tener en cuenta que su carácter colectivo no las emancipa de la accion

indispensable de la gracia divina mas que á los simples individuos, y que abandonadas á sí mismas no son mas susceptibles que estos de arrepentimiento y de mejora.

«Puras teologías!» exclamará desdeñosamente alguno; y sin embargo, á sus respuestas hay que atenerse, mientras que la filosofía no presente otras mas aceptables. Dígase sino como se concibe, segun reglas de sana política y hasta segun los rudimentos mas vulgares de gobierno, la marcha que siguen en presencia del comun peligro y de la universal amenaza la mayor parte si no todos los estados de la Europa. ¿No saben por ventura adónde conduce esa aclimatacion del novísimo derecho de violencia y rapiña, esa *no intervencion* ó neutralidad proclamada ante cualquier atentado, esa cómplice tolerancia con la injusticia y el despojo, esa indiferencia afectada y depreciativa por todo lo que es moral, esa atencion é idolatría consagrada á la materia, á los goces, á los intereses, á la fuerza material? ¿No se acuerda la Francia del abismo de humillacion y miseria en que acaban de sumirla sus ideas, sus costumbres y sus instituciones, y vuelve á ellas con redoblado frenesí, y corre otra vez desalada á sus orgías é hipódromos, mientras su gefe y su asamblea se ocupan en paralizarse mutuamente con artificiosos equilibrios? ¿No tiene la Prusia tan reciente el ejemplo de Napoleon, y todo lo confia como él al poder de las bayonetas, y pacta como él con la iniquidad, y abusa como él de sus increíbles victorias contra el supremo dispensador de ellas? ¿No reconoce el Austria que al catolicismo ha debido siempre su prepotencia, y abdica en Alemania tan glorioso patronato, y se entrega atada de piés y manos á su competidor protestante, y recrudece contra la Iglesia la opresion de las leyes Josefinas tan acertadamente abolidas por el actual emperador? Y la Inglaterra y la Rusia, esos dos cetáceos que sienten agitarse enteros dentro de sus entrañas los pueblos que han engullido, y cuya inmovilidad constitucional ó despótica no les pone á cubierto del incubado virus de la epidemia, ¿no asisten impasiblemente ó mas bien suscriben á los crímenes de la

diplomacia, no inferiores á los que se fraguan tal vez para su providencial castigo en los clubs de la demagogía? ¿Y acaso se le oculta al desventurado rey de Italia que cuanto apaña es en provecho de la revolucion, que ha de ser á la vez heredera de la presa y vengadora de los despojados? ¿Acaso en España se hacen ilusion los gobernantes de asentarse por largo tiempo en la aguda cúspide sin rodar por la una ó la otra pendiente, y acerca del resultado de los medios que emplean, tan insuficientés unos para detener su caida como eficaces otros para precipitarla?

Hoy ya todo árbol ha producido su fruto, toda doctrina su consecuencia; hoy se sabe ya adonde vá á parar cada camino, y que sonido responde á la cuerda que se vibra. Apenas cabe error ni fascinamiento; gobiernos y gobernados, clases y partidos, han apurado hasta las heces la copa del desengaño. Y no obstante nadie está en su puesto ni casi en su juicio; todos parecen entregados á un vértigo insensato que les arrastra en direccion opuesta á lo justo y aun á lo conveniente. Dáse la voz de alarma ante la mas formidable crisis social que corrieron jamás las generaciones, y proclámase la necesidad de la energía, de la prudencia, de la abnegacion, de la armonía, del concurso de todos y de cada uno para conjurarla; pero puede mas la ambiciosa rivalidad en los gabinetes, el egoismo en los particulares, la pasion en las banderías; y con sus luchas y recriminaciones, con su debilidad ó su maquiavelismo, con malos principios ó con peores ejemplos, contribuyen á fomentar mas bien que á extinguir la hoguera. Siéntese en medio del bamboleo y disolucion general lo indispensable de un punto fijo, de una base de unidad, de un vínculo de amor, de una autoridad segura y firme que solamente se encuentra en el catolicismo; pero sobrepujan las prevenciones irreligiosas, el fermento de la vieja levadura, las desconfianzas contra la Iglesia, el espíritu de orgullo y rebeldía, y se rechaza con ira ó se desdeña con insulto la salvadora garantía ofrecida desde el Vaticano. Se experimenta el malestar indescriptible producido por esa suma de goces, comodidades y

adelantos que agitan mas que satisfacen, y la profunda degradacion que encubre ese aparente refinamiento intelectual y moral; pero vencen á la inquietud, á la repugnancia, á la seguridad propia la indolencia y sibarítica mollicie, y no hay fuerzas para sacudir el letargo y para salir del hediondo pantano alfombrado de flores. No hay verdad que no se confiese, pero tampoco hay desvarío que no se obre: todos gritan que es menester una regeneracion, y nadie cuida de regenerarse.

No basta para un cambio de conducta conocer las ventajas materiales que reporta; antes bien, cuanto mas se encarecen estas, menos disposicion espiritual se muestra para realizarlo. Dios quiere para llamarnos á si y volvernos al deber móviles mas puros y elevados; y hasta los del galardón y del castigo eterno los reputa imperfectos comparativamente á los impulsos de una contricion acrisolada. No hay duda de que amenudo ó casi siempre se dan las manos la justicia y el interés temporal bien entendido, y que del buen obrar reciben acá bajo su recompensa las personas muchas veces, y mas las naciones y sociedades cuya existencia y destinos terminan en este mundo; pero esta observacion tan patente Dios ha permitido que fuese practicamente olvidada, tal vez para que no pierdan su mérito las virtudes haciéndose ó pareciendo utilitarias. De otra manera la bondad degeneraria en especulacion y la rectitud en comercio. Si tuvieran siempre á la vista su paga consiguiente, las acciones generosas dejarían de serlo: ¿qué gobierno habria no religioso, ó qué pueblo no morigerado, ó qué poder que no protegiese á la Iglesia, si atendieran constantemente al arraigo, á la prosperidad, á la grandeza que de ahí habian de resultarles? Hay interés en convertirse, pero nadie jamás se ha convertido por interés: nadie se ha hecho sobrio para alargar su vida, ni humilde para captarse elogios, ni caritativo para atraerse simpatías. Esta no es conversion sino granjería; y aunque tan fácil y tentadora, rara vez se intenta y nunca engaña.

No nos esforcemos pues demasiado en demostrar humanamente á los reyes, á las na-

ciones, á los partidos sus verdaderos intereses, ni fundemos escesivas esperanzas en la manifestacion del consorcio de lo útil con lo honesto. Tampoco hay que confiar en el escarmiento por los males sucedidos ó en el temor de los inminentes: el castigo endurece á Faraon, y hace morir á Antíoco impenitente aunque confeso; de tantas ciudades amenazadas por los profetas con el esterminio, solo de Nínive sabemos que fuese convertida. De nada vale la luz del desengaño sin la fé, de nada el aguijon del remordimiento sin la caridad. Solamente obra conversiones la gracia, solamente las obtiene la oracion.

J. M. Q.

## LA MORAL CATÓLICA

POR ALEJANDRO MANZONI

traducida del italiano.

### CAPÍTULO IX.

SOBRE EL RETARDO DE LA CONVERSION.

III.

De la enseñanza.

El clero no enseña la doctrina falsa—no disimula la verdadera.

Cualquiera vé que los alegatos son demasiado voluminosos para traerlos al juicio: pero se pueden citar resueltamente todas las instrucciones del clero, todos los sermones, todos los libros ascéticos, salvo algunas rarísimas excepciones que señalaremos luego. Traslademos aquí algunos pasajes de tres hombres célebres para muestra de la enseñanza en esta materia.

«Pero ¿estaremos muy satisfechos de una penitencia empezada en la agonía, que nunca habrá sido experimentada, de la cual jamás se habrá visto fruto alguno, de una penitencia imperfecta, de una penitencia nula, dudosa si quereis, sin fuerzas, sin reflexiones, sin ocasion para reparar sus defectos? (1).»

«Estos pecadores inveterados mueren como han vivido; han vivido en el pecado, y mueren en el pecado; han vivido despreciando á Dios, y mueren en el desprecio de Dios; han vivido como paganos, y mueren como réprobos: he aquí lo que la experiencia nos enseña... Pretender que hábitos contrai-

(1) Bossuet, *Oracion fúnebre de Ana de Gonzaga.*

dos durante toda la vida se destruyan al acercarse la muerte, y que en un momento se tenga entonces otro entendimiento, otro corazón, otra voluntad, es, cristianos, el error más grosero... De todos los tiempos aquel en que la verdadera penitencia es más difícil es el de la muerte... El tiempo de buscar á este Dios de misericordia, es en vida; el de hallarle, el de la muerte... (1).»

«Si vuestra vida ha sido impúdica, tal será vuestra muerte; si habeis sido ambiciosos, morireis sin que muera en vuestro corazón el amor al mundo y á sus vanos honores; si habeis vivido muellemente, sin vicio ni virtud, morireis cobardemente y sin compunción... Yo sé que todo el tiempo de la vida presente es un tiempo de salud y de propiciación, que podemos siempre volver á Dios, que en cualquier hora que el pecador se convierta al Señor el Señor se convierte á él, y que mientras la serpiente de bronce esté levantada no hay llaga que sea incurable; esto es una verdad de fé, pero sé también que cada gracia especial de que abusais puede ser la última de vuestra vida... Porque no solamente os prometeis la gracia de la conversión, es decir, esta gracia que muda el corazón; sino que también os prometeis la gracia que nos hace morir en la santidad y en la justicia; la gracia que consuma la santificación de un alma, la gracia de la perseverancia final; pero esta gracia que solo es para los escogidos, es el mayor de todos los dones, la consumación de todas las gracias, el último rasgo de la benevolencia de Dios hácia un alma, el fruto de una vida entera de inocencia y de piedad, la corona reservada para los que legítimamente han peleado. ¿Y presumís que el más señalado de todos los beneficios haya de ser el premio de la más ingrata de todas las vidas?... ¿Qué cosa más favorable podeis desear para vosotros en la hora de la muerte, que tener tiempo y hallaros en estado de buscar á Jesucristo, buscarle en efecto, y ofrecerle lágrimas de dolor y penitencia? Esto es todo lo más favorable que podeis prometeros para este último momento. Y sin embargo (esta verdad me hace estremecer), sin embargo, ¿qué es lo que Jesucristo os permite esperar de vuestras diligencias y de vuestras lágrimas, si las dilatais para entonces? «Me buscareis, y morireis en vuestro pecado. *Queretis me, et in peccato vestro moriemini.*...» Lo único que sé es que los sacramentos de salud aplicados entonces á un pecador, consuman tal vez su reprobación... lo

(1) Bourdaloue, *Sermon para el lunes de la segunda semana de cuaresma, sobre la impenitencia final.*

único que sé es que todos los Padres que han tratado de la penitencia de los moribundos, han hablado de ella en términos que estremecen... (1).»

Máximas predicadas de un modo tan resuelto y afirmativo por tales hombres, constituyen de seguro la enseñanza exclusiva de la Iglesia sobre esta materia.

No se objete que estos son escritores franceses, y que aquí se trata de los efectos de la religión católica en Italia. Es sumamente oportuno citar escritores franceses para que se vea que este desconcierto del espíritu, como lo llama muy bien el ilustre autor, también fuera de Italia hay necesidad de combatirlo. Pero si se quiere un italiano, oigamos á Segneri: «Qué venis pues á decirme, que no teneis prisa en convertirlos, porque sabeis muy bien que para salvarse no importa llevar una vida santa, sino hacer una buena muerte? Oh cuán engañados estais! Oh qué juicios tan inconsiderados! qué insensatas resoluciones! Y ¿cómo os podeis prometer tal muerte, si el mismo á quien corresponde concederla os la niega, y claramente y con palabras terminantes protesta que morireis en pecado? *In peccato vestro moriemini* (2).»

Se dirá tal vez que no ignora ni niega el ilustre autor que así se predique: antes bien pretende que es querer quitar los efectos creando las causas. *En vano, dice, predicaron entonces contra el retardo de la conversión: ellos mismos eran los autores de este desconcierto del espíritu que los antiguos moralistas no conocieron.* ¿Entonces? ¿Pero á qué época debemos acudir para encontrar el origen de esta predicación? Si entre los antiguos moralistas contamos á los Padres, este desconcierto de seguro que no lo desconocieron entre estos los que en los primeros siglos de la Iglesia tanto clamaron contra los clínicos (3). Pero en un libro anterior de mucho á los casuistas, á los clínicos y á los Padres, está escrito: «No tardes en convertirte al Señor, y no lo dilates de día en día (4).» En efecto, luego que ha sido dada á los hombres la idea de la conversión, estos han podido añadir á ella la de la dilación. *En vano predicaron contra el retardo de la conversión.* ¿En vano? por qué? acaso no predicaron cosas

(1) Massillon, *Sermon para el lunes de la segunda semana, sobre la impenitencia final.*

(2) Segneri, *Sermon X.*

(3) Es sabido que se dió el nombre de *clínicos* á aquellos, que aunque persuadidos de la verdad del cristianismo, continuaron viviendo paganamente á fin de no sujetarse á su yugo, y se proponían recibir el bautismo en el lecho de la muerte.

(4) *Non tardes converti ad Dominum, et ne differas de die in diem. Ecclesiastic. v. 8.*

conformes á la razon? probaron ó no que tardar en convertirse es un delirio? se puede dirigir una objecion sensata á sus discursos? será siempre en vano que se diga á los hombres la verdad que mas les importa? Es muy creible que no siempre lo haya sido. Ciertamente que la semilla de la palabra puede caer en el camino ó sobre piedras ó entre espinas, pero cae alguna vez en buena tierra: y creer que verdades tan incontrastables é importantes se hayan dicho siempre en vano, sería desesperar de la gracia divina y de la razon humana.

*Ellos eran los autores de este desconcierto del espíritu.* Ah! si los cristianos que viven en él les dirigiesen tal acusacion, ¿no tendrían aquellos razon en contestar: «Nosotros? ¿Es pues predicándoos la conversion que os hemos inducido á vivir en el pecado y á diferirla? ¿Es pues hablándoos de las riquezas de la misericordia que os hemos animado á despreciarlas? Nosotros os hemos dicho: Venid, adoremos, postrémonos y oremos; nosotros os hemos dicho: Hoy que oís su voz no queráis endurecer vuestros corazones (1), ¿y pensáis en un mañana que no os podemos prometer, en un mañana del cual procuramos haceros desconfiar? y nosotros somos los autores de vuestro endurecimiento? Ciertamente que estamos limpios de vuestra sangre. (2).» Así podrían responder, si hubiese un lenguaje para justificar ante el mundo la predicacion del evangelio. O á esta acusacion pudieran tambien oponer las acusaciones que se les dirigen de aterrar á los hombres con las crueles y lúgubres ideas de muerte y de juicio para escitarles á la conversion.

Pero si la Iglesia tiene tan poca confianza en las conversiones á la hora de la muerte, ¿por qué se muestra tan solícita en asistir al pecador moribundo? Precisamente porque es poca su confianza, es que aúna todos sus esfuerzos; precisamente porque la empresa es difícil, es que emplea toda la caridad de su corazon y de sus palabras. Un hilo de esperanza de salvar á un hijo suyo le basta á la Iglesia para no abandonarle: pero con esto ¿enseña acaso á los hombres á contentarse con un hilo de esperanza? Aquellos hombres beneméritos que prestan los ausilios al que es sacado de un rio con poca ó ninguna apariencia de vida, ¿pueden acaso ser tachados de animar á los hombres á ahogarse?

Nótese á este propósito que la Iglesia parece te-

ner dos lenguajes en esta materia: á los pecadores que en el vigor de la salud ven y se prometen confusamente en el porvenir el tiempo de pecar y de convertirse, procura aquella inspirarles terror, y á los moribundos confianza. Lejos de haber en esto contradiccion, no hay sino prudencia y verdad. Los pecadores que se hallan en uno ó en otro estado solo están dispuestos á mirar fijamente una parte de la cuestion; y la Iglesia les recuerda la parte que ellos olvidan. Los primeros están poseidos de la idea de la posibilidad, y conviene hacerles presente la dificultad; los otros se hallan inclinados á ver esta sola con tanta viveza, que para ellos uno de los mayores obstáculos que se oponen á su conversion es precisamente el desconfiar de la misericordia de Dios.

Hemos hablado de la enseñanza general, y tal vez no se hallara un solo ejemplo de que en la Iglesia se haya enseñado directamente lo contrario; pero la verdad exige que se indique de que modo alguna vez el error ha sido indirectamente fomentado.

Entre los muchos inconvenientes del espíritu oratorio (como lo entiende el mayor número), inconvenientes que lo ponen á menudo en oposicion con el espíritu lógico y con el espíritu moral, uno de los mas comunes y sensibles es el de exagerar el bien ó el mal de una cosa, olvidando el enlace que tiene esta con las demás: así se viene á debilitar, y aun á destruir un conjunto de verdades, por querer dar demasiada estension á una de ellas, la cual por consiguiente queda tambien destruida. Este espíritu que agrada á muchos, quienes ven fuerza de ingenio donde no hay mas que debilidad é impericia para abrazar todas las relaciones importantes de un asunto, ha extraviado á varios, los cuales queriendo ensalzar alguna práctica religiosa, han llegado á atribuirle el poder de asegurar á los pecadores la conversion en la hora de la muerte. Asercion falsa y peligrosa, juego de elocuencia mal llamada popular, porque populares han de llamarse aquellas cosas que tienden á iluminar y perfeccionar al pueblo, no las que sirven únicamente para fomentar sus pasiones y preocupaciones. Bien es verdad que los que se abandonaron alguna vez á esta malhadada intemperancia de ingenio, no dejaron por lo comun de mezclar algun correctivo; pero este método revela el mal sin aplicarle el remedio, pues los hombres, si es lícita esta expresion, lamen con gusto la miel, y desechan el saludable ajeno. Y nótese que además de hallarse siempre aquellos en contradiccion casi con la totalidad de los demás, venian á estar tambien en contradiccion consigo mismos, siendo imposible combinar toda su enseñanza con esta su doctrina

(1) *Venite adoremus, et procidamus, et ploremus ante Dominum... Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra.* Ps. xciv, 6, 8.

(2) *Quapropter contestor vos hodierna die, quia mundus sum á sanguine omnium.* Paul. in Act. Apost. xx, 26.

particular; pues si seriamente la hubiesen creído, y la hubiesen aplicado á todos los casos, no hubieran podido predicar mas el evangelio: este venia á ser inútil. Es de creer que en nuestros dias este desconcierto haya desaparecido casi del todo.

En demostracion del efecto *del hábito de no considerar mas que la muerte del pecador*, aduce el autor una prueba de hecho, que trasladamos con sus palabras. «La funesta influencia de esta doctrina se hace sentir en Italia de una manera estrepitosa cada vez que algun gran criminal es condenado á la última pena. La solemnidad del juicio y la certeza del castigo llenan siempre de terror al mas endurecido, y producen despues su arrepentimiento. No hay incendiario, salteador ó envenenador alguno que suba al cadalso sin haber hecho con compuncion profunda una buena confesion, una buena comunión, y que no haga en seguida una buena muerte; su confesor declara su firme confianza de que el alma del penitente se ha encaminado ya al cielo, y la plebe se disputa al pié del cadalso las reliquias del nuevo santo, del nuevo mártir, cuyos crímenes durante largos años tal vez la habian helado de espanto.»

De costumbre tan estraña nunca habia tenido noticia antes de leer este pasaje; pero estando distante de dar mi ignorancia por respuesta á un aserto, á aquellos que conocen mejor que yo esta Italia me remito. El hecho es por su naturaleza tan público, que la verdad será fácil de averiguar.

Observo empero en principio, que en cualquier parte pueda existir esta supersticion, nunca la hubo que fuese mas contraria á la enseñanza de la Iglesia. Verdad es que acoje esta al reo echado violentamente de la sociedad y de la vida; su ministro se interpone entre el juez y el verdugo, sí, entre el juez y el verdugo, porque cualquier sitio donde se pueda santificar una alma y consolarla, donde haya una repugnancia que vencer, una série de sentimientos penosos que no termine con una recompensa temporal, para un ministro de la Iglesia aquel es el puesto de honor; él lo ocupa y lo ocupará en cualquier parte, mientras duren aquellas leyes que suponen que no se pueden disminuir ciertos delitos sin dar muerte al reo. ¿Quién es capaz de expresar la angustia que experimenta un hombre que tiene el patíbulo á su vista, y acudiendo á su conciencia encuentra en ella la memoria del delito? de aquel que aguarda la muerte, no por una causa santa, sino por sus pasiones? ¡Y dejaria la Iglesia de hacer útil tan gran dolor al infeliz que se ve obligado á sentirlo! y sucederia un caso en que esta no

tuviese misericordia que prometer! en qué abandonara á un hombre! Ella le abre los brazos, no olvida que la sangre de Jesucristo tambien para él ha sido derramada, y hace lo posible para que no lo haya sido en vano. Pero la certeza no se la dá á él ni á los otros; y el que la tiene, va directamente contra su enseñanza.

## SITUACION DEL PAPA

DESCRITA POR EL OBISPO DE ÁVILA.

La circunstancia de haber llegado de Roma poco tiempo hace nuestro respetable amigo el Ilmo. Sr. Obispo de Avila, y de haber merecido llevar la voz de las comisiones españolas ante su santidad, da mayor interés á los siguientes párrafos de la pastoral que acaba de publicar acerca del satisfactorio estado fisico y admirable actitud moral de nuestro amado pontífice.

«La prolongacion ya verdaderamente extraordinaria del pontificado de Pio IX, atendidas todas las circunstancias, es un acontecimiento digno de admiracion, y que debia escitar, como ha escitado, los sentimientos de gratitud de todo el pueblo cristiano hácia el dueño de la vida, que para fines santísimos conserva la de su ungido y electo. Y fué-raos mas de admirar el beneficio del Altísimo, si como á nos fué dado recientemente, os fuera dado á vosotros contemplar de cerca el estado fisico y moral, en cuanto es posible, del augusto representante de Dios.

Faltan á la verdad, si es que no mienten con diabólica malicia, los que dicen que el papa flaquea ó se halla decrepito. Oh! sin duda ese es el deseo de los operarios de iniquidad, que ven en el augusto anciano un muro de bronce, una columna de hierro donde se estrellan sus esfuerzos sacrilegos. Hemos tenido la dicha de verle hace bien poco tiempo, entrado ya en el vigésimo sexto año de su glorioso pontificado, y nos hacia recordar las palabras proféticas: *RENOVABITUR UT AQUILÆ JUVENTUS TUA*. Nos pareció mas ágil y vigoroso que al darle nuestro respetuoso adiós en el año anterior. Sus movimientos, su voz firme y sonora, su rostro simpático y venerable, su mirada dulcísima y perspicaz, su memoria de cosas y personas, su razonar siempre sólido, su intuicion clara, profunda y certera, su familiaridad majestuosa, su conversacion sabrosa y edificante á la vez, todo demuestra que la ancianidad de Pio IX, atendidas todas las circunstancias, tiene algo de excepcional y maravilloso. Solo las fuertes y encontradas emociones que vienen tanto tiempo ha afectando la sensibilidad exquisita de su paternal corazón ¿no eran causas bastantes para alterar su salud y ocasionarle la muerte? Y sin embargo, vedle ahí atendiendo, á imitacion de Pedro, al gobierno de toda la Iglesia de Dios, y como Pablo predicando á los pueblos y naciones, ya por medio de admirables escritos, ya de viva voz, dirigiendo á las comisiones que de diferentes partes del orbe afluyen al Vaticano esas alocuciones llenas de unción sagrada y de sorprendente oportunidad.

Oh cuán preciosas enseñanzas está dando al mundo con su voz y con su ejemplo en su atribulada ancianidad ese

augusto prisionero! Y qué fuerza y santa energía no llevan consigo todos esos documentos, dictados en medio de las olas de la adversidad tumultuosamente agitadas, en medio del rugido de la tormenta suscitada por el abismo enfurecido, y al pié de los cuales pudiera estamparse, y sin que se estampe, puede leer todo corazón cristiano: EGO PIUS VINCTUS IN DOMINO!

La posteridad recogerá con solicitud esas sentencias de muerte que el admirable Pio IX, aprovechando toda oportunidad, está pronunciando un día y otro día contra los errores de la impiedad, ya manifiesta ya enmascarada, (errores que están preparando hace tiempo la ruina moral del mundo,) á la manera que se han recogido, y hoy leemos como testimonios de escepcion en favor de las verdades católicas, los dichos de los confesores y mártires de los primeros siglos en presencia de los tiranos. Acogedlas vosotros desde ahora con santa veneracion, como alimento de saludable condicion para vuestro espíritu, como antídoto seguro y eficaz preservativo contra la peste de tantos errores como inficionan hoy la atmósfera que respirais, y que respiran ¡ay! esas almas de que habeis de responder ante el tremendo tribunal, unos como padres, otros como sacerdotes, otros como maestros etc.

Tenemos pues papa, gracias á la divina misericordia, y papa en condiciones no solo suficientes sino ventajosísimas, por lo que toca á su persona, para guiar y gobernar la Iglesia de Dios con gloria del mismo Dios y confusion de sus enemigos. Sabemos que el papa actual morirá, pero no sabemos cuando. Lo que sabemos es que está firme en su puesto, comunicando á todos serenidad, fortaleza de espíritu y confianza sin límites en el poder y bondad del Altísimo que sabe y puede sanar los quebrantos del corazón, que desata y pone en libertad á los que están ligados, é ilumina á los ciegos, levanta á los caidos y ama á los justos. (Ps. 145, 146.) Basta: ¿para qué queremos saber mas? ¿No es esto bastante para hacernos levantar hácia el cielo nuestros corazones enternecidos de amor y gratitud, y enviar al trono de las misericordias el testimonio ardiente de nuestro reconocimiento? ¡Oh cuán cierto es que si Dios nuestro señor con una mano como que nos azota y nos hiere, con la otra nos sostiene y nos conforta para llevar hasta con santa alegría los mismos azotes con que quiere mejorarnos!

Ya lo sabeis: Pio IX, atravesando mares de amargura desde su elevacion al supremo pontificado, sigue llevando con mano firme el timón de la santa navecilla, siempre combatida y siempre victoriosa, por mayor número de años que ninguno de sus predecesores, escepto san Pedro. El día 23 del mes corriente igualará en años el pontificado de Pio IX al pontificado de san Pedro en Roma. Acontecimiento es este único y esclusivo en la historia de diez y ocho siglos y mas de medio que cuenta de existencia la Iglesia de Jesucristo, y que una tradicion vulgar, nunca autorizada por la Iglesia, hacia mirar como imposible. Gracias á Dios! Bendito, alabado y glorificado sea Dios, siempre misericordioso y compasivo, por este singular beneficio, por este gran consuelo que concede á su Iglesia en medio de los dolores y amarguras á que en calidad de esposa del Dios del Calvario se halla sometida!»

## CRÓNICA.

Segun los periódicos de Roma del 23, día en que Pio IX cumplió el tiempo de pontificado de S. Pedro, el papa celebró misa rezada en su capilla y dió despues la comunión á multitud de personas, especialmente piadosos jóvenes que se agrupaban al pié del sacro altar. La voz conmovida del padre santo manifestaba que su ánimo estaba dominado por la emocion que le causaba el extraordinario suceso.

En tanto, los salones de la pontificia residencia se iban llenando de las personas mas ilustres y distinguidas de Roma y de muchos personajes extranjeros, deseosos de ofrecer el homenaje de su adhesion al padre santo en aquel solemnisimo día.

A las once próximamente, despues de haber concedido algunas audiencias privadas, el papa se dirigia desde sus habitaciones, seguido de los que tienen el honor de pertenecer á su corte, á la sala del trono, donde se hallaban reunidos sus camareros secretos, los cuales le leveron un afectuoso mensaje y le entregaron una humilde ofrenda.

De la sala del trono su santidad pasó á la sala antigua, donde esperaban los guardias nobles, en nombre de los cuales le felicitaron sus comandantes el duque de Castel Vecchio y el principe de Viano.

Al pasar de unas á otras habitaciones, se acercaban al papa muchísimas personas, y centenares de voces manifestaban la inefable alegría de haber visto un día de tanta gloria para el pontificado.

En la sala del consistorio estaba reunida una comision napolitana, presidida por el duque de la Regina, la cual iba á ofrecer á su santidad una silla gestatoria, preciosamente labrada, magnífica por su forma, belleza por la de las telas, por la riqueza de los adornos, grabados y piedras preciosas. El duque levó un mensaje de los católicos napolitanos que habian contribuido al donativo.

El señor Acquaderni, presidente del consejo superior de la Juventud Católica Italiana, llegó al pié del trono de su santidad, y en nombre de aquella levó un entusiasta mensaje, manifestando el filial afecto de todos los asociados.

De Roma con fecha del 23 de agosto por la noche escriben lo siguiente: «Vengo de San Juan de Letran, donde se ha cantado un *Te Deum* para dar gracias á Dios por haber conservado hasta hoy á nuestro santísimo padre Pio IX. ¡Qué espectáculo tan imponente! La inmensa basilica estaba henchida de fieles, parte de los cuales no pudiendo entrar, han tenido que quedarse en el atrio ó en la plaza. Nada habia allí que pudiese atraer á los curiosos; ni esplendor de ornato ni de iluminacion, ni música, ni festejos de ningun género; allí solo se iba á elevar una plegaria al trono de Dios: y á pesar de la gran distancia del centro de la ciudad á la basilica, á pesar del calor sofocante de nuestro sol de agosto, del polvo de los caminos pésimamente arreglados por este municipio progresista, á pesar del peligro de recibir algun insulto, toda Roma acudió menos la canalla.

Para hacer mas imponente y solemne la demostracion de los romanos en favor del papa, nos era menester un término de comparacion, y nuestros liberales han tenido la torpeza de proporcionárnoslo. Como ayer tarde en Santa María la Mayor, así hoy en los caminos que conducen á San Juan de Letran, estaban apostados los consabidos grupos de italianísimos, que tremolaban algunas banderas tricolores. Los primeros han tenido que devorar en silencio la rabia que les causaba ver dirigirse á la basilica una inmensa muchedumbre de pueblo: las segundas (las banderas) eran 17, colocadas en las puertas de las hosterías y en las barracas de los obreros, y cuatro ó cinco en las ventanas de algunas casas. ¡He aquí el grande, el grandísimo partido liberal romano!

Para ser justo tengo que dar cuenta de otra contra-demostracion organizada por los liberales. Algunos muchachos de los que engrudan los carteles y cambian el nombre á nuestras plazas, pegaron tambien en algunos sitios á lo largo del camino varios ruines carteles con las armas

de Saboya y el retrato de Víctor Manuel. Pero los gastos y trabajos de esta contra-manifestación no han conducido más que á que se vean rotos algunos de aquellos carteles.

La fiesta religiosa se verificó en el interior del templo con gran recogimiento y piedad. Era en verdad conmovedor oír la poderosa voz de millares y millares de fieles, respondiendo á coro al canto de los versículos del himno ambrosiano. El Emmo. cardenal Patrizzi, que entonó el *Te-Deum*, dió luego la bendición con el santísimo Sacramento.

Terminada la función, me he detenido media hora al principio del camino. En este breve tiempo han pasado por delante de mí más de 400 carruajes que volvían á la ciudad, y quedaban todavía en la plaza del templo lo menos otros tantos. El número de personas que volvían á pie era incalculable.

A la vuelta no han faltado insultos á los fieles, especialmente á las señoras. ¡Estos valientes italianos son además muy caballeros!»

Con fecha 24 escribe el mismo corresponsal: «Hice mal en apresurarme á enviar la carta de ayer en que daba noticia de la función religiosa en San Juan de Letran. He tenido despues noticia de algunos desmanes ocurridos lejos de donde yo estaba. El famoso Tognetti, á la cabeza de sus conocidos liberales, es decir, de un grupo de inmundas canalla, se colocó en el camino de San Juan y plaza de las Canette y luego en la plaza Colonna, para provocar villanamente á los fieles que de vuelta de la función se dirigían tranquilamente á sus casas. Aquellas provocaciones tuvieron naturalmente por respuesta un ¡Viva Pio IX! calurosamente repetido por centenares de personas. Pero la policía intervino, arrestó á cuatro de los católicos, jóvenes de distinguidas y nobles familias, dejando libres á los villanos provocadores. Allí fué un católico herido de un palo, y algunos otros recibieron contusiones. En la plaza Colonna fueron los agentes de policía los insultados por haber querido dispersar á los revoltosos. Estos entonces se replegaron hácia el Colegio romano; y allí aquellos demonios se pusieron á gritar contra los jesuitas, los curas, el papa, la religion y Dios, mezclando con estos gritos los vivas á Garibaldi, á Mazzini y al petróleo milagroso.

Vengo de la iglesia de santa María sobre Minerva, donde se ha dado principio al solemne triduo á María Santísima, ordenado por la Asociación de jóvenes de la Oración continua, para dar gracias á Dios por haber concedido á nuestro santísimo padre los días de san Pedro. La función ha sido espléndida, conmovedora y concurridísima de fieles que han llenado aquella vasta iglesia.

El partido revolucionario, lleno de rabia por las brillantes demostraciones católicas que tan magnífico éxito han tenido los días anteriores en santa María la Mayor y en san Juan de Letran, no queriendo tolerar estas que siguen, habia reunido desde el principio de la función un gran grupo de sus valientes en la plaza de la Minerva. En el momento del canto del *Te-Deum* y de la bendición, los silvidos y obscenos gritos de la plaza hacían eco al piadoso canto de los fieles.

Terminada la función, el pueblo empezó á salir de la iglesia. ¡Curioso espectáculo! Todas las bocas-calles que dan á la plaza estaban cerradas por curiosos mezclados á los mal intencionados; á los dos lados de la plaza, cubiertos por los reales carabineros, agentes de seguridad y guardias municipales, habia grupos de agitadores en medio de una compañía escasa de soldados con un oficial á la cabeza y un delegado de policía con su faja tricolor. Otros varios de estos, también con sus fajas, se veían esparcidos acá y allá con guardias y carabineros. El pueblo permaneció un momento sobre la escalinata de la iglesia, tranquilo y sereno, mirando valerosamente á los enemigos de Dios y de la Iglesia. Se pidió que se abriera paso en la desembocadura de las calles, y un delegado con un primer toque de corneta intimó la dispersión á la turba, y escoltado por la tropa abrió paso hácia Pie di Marmo; los carabineros con *muchísima dulzura* procuraron hacer lo mismo en otros puntos. Así despacio muy despacio, la inmensa muchedumbre que estaba en la iglesia ha podido salir, pero pasando por entre los silvidos

y afrentas de aquella canalla, no solo tolerada sino protegida por los carabineros, que vueltos hácia los fieles que salían del templo, se esforzaban en decir que aquellos eran *buenos ciudadanos*, palabras textuales que he oído en boca de un brigadier y de un policía.

Junto al café de Minerva he visto formarse de pronto un grupo que prorumpió en gritos y silvidos; despues me han dicho que habia sido rodeado y silvado por la canalla el principe Massimo.

Ved, pues, en qué tristes condiciones nos hallamos: no somos libres de podernos reunir á orar en una iglesia.

Leemos en otra correspondencia del 26 de agosto: «De gran consolación para los católicos han de ser las palabras del padre santo, que luego transcribo, hoy que la única esperanza que queda á la Europa, el único cielo sereno para el porvenir, es el que se divisa tras el vigésimo quinto aniversario del pontificado de Pio IX. El elocuente discurso del presidente de la Juventud Católica de la Italia, «que no ha renunciado á su fé, que no ha departido con los enemigos de Jesucristo, y que vé al papa en el Vaticano, cual otro Gregorio VII prisionero en la torre de Canossa, llorando sobre la patria escarnecida y vilipendiada, agitándose en la agonía de un largo martirio, contemplando los claustros silenciosos y mudos, las virgenes arrojadas de su sacro retiro, los templos profanados y resonando sacrilegos cantares, las diócesis sin pastores, la ciudad tiranizada por gente corruptora, la juventud arrojada de las escuelas despues de echar de ellas á Cristo, minados los fundamentos venerables de la familia, arruinado el patrimonio de la iglesia, dilapidados los beneficios eclesiásticos, el pueblo gravado por inmensos tributos, el padre obligado á quitar el pan de sus hijos para contribuir forzosamente á las repetidas bacanales del delirio de los novadores, para quienes nada importa el cariño y deber paternal ni el sudor del pobre,» arrancó al soberano pontífice frases que quedarán grabadas en los atribulados corazones para lenitivo de las penas amargas que nos aquejan.

«Dios es el que humilla y ensalza, dijo, y yo precisamente en este día he de experimentar ese admirable trato de la divina providencia. Creo que nuestra causa y la de la santa sede puede compararse al hombre de la parábola. — *Homo quidam descendebat ab Hierusalem in gerico et incidit in latrones, qui espoliaverunt eum, semivivo relicto.* — Mas no hay que lamentarse de que con *tormentis bellicis et publicis mendatiis* nos hayan despojado, tomando posesion de la ciudad. No, pues que Dios lo permite, para muy luego dar á conocer la fuerza de su omnipotencia, y lo inefable de su misericordia... Bendita sea la providencia del Señor, y él nos conforte en la esperanza que tenemos de estar destinados á experimentar los efectos de las grandezas de su poder en favor nuestro »

Con pocas variantes se espresó su santidad de la misma manera á las demás corporaciones. Personas muy allegadas al Vaticano han dicho que Pio IX en sus conversaciones y audiencias particulares se esforzaba mucho, durante todo el día 24, en afirmar la esperanza de un próximo triunfo de la Iglesia, de tal manera que parecia que no tuvo otra idea en todo el día »

En casi todas las poblaciones de España hubo el 23 solemnes funciones de iglesia con motivo de haber cumplido Pio IX los días de pontificado de S. Pedro. En algunas ciudades estas funciones han sido verdaderamente grandiosas y edificantes. En otras se dilató su celebración para el siguiente domingo día 27.

En Palma se conmemoró el mismo 23 sencilla y gravemente en la forma que anunciamos.

---

En la próxima semana se repartirá la 3.<sup>a</sup> entrega de los ENSAYOS POLÍTICOS del Sr. Quadrado, correspondiente al mes de julio.

---